

El Defensor del Lector:



El Racismo

El racismo es la creencia y actitud de un determinado grupo humano de que es biológica y culturalmente superior a otros y que, por tanto, tiene derecho a menospreciar, a excluir, a sojuzgar, a explotar y en casos extremos—como los del nazismo alemán y del apartheid sudafricano— inclusive a eliminar a aquellos que así considera inferiores. El racismo se incuba en la familia, se aprende en la escuela y en la iglesia, se consolida en la relación social y en el trabajo y, aparentemente, suele convalidarse a veces en la prensa. Así formado, el racista tiende a considerarse poseedor de muchas virtudes: belleza, limpieza, bondad, capacidad, laboriosidad, talento, moralidad, refinamiento e inocuidad. Y, en cambio, tiende a atribuir al "otro"—cercano y conocido o remoto y ajeno— muchos defectos: fealdad, suciedad, perversidad, ineptitud, ociosidad, estupidez, inmoralidad, rusticidad y nocividad. Por tanto, se siente muy superior a él...

"El racismo afirma el especialista europeo en la materia Michel Wlewiorka—pertenece al presente de la humanidad y no sólo a su pasado". E. Infortunadamente, Bolivia no es excepción a la vigencia de este fenómeno ni a su reciente exacerbación.

En efecto, el racismo prevalece en Bolivia cuando menos desde el día de su fundación como república. Y contrariamente a lo habitual, que es que se ejerza en perjuicio de minorías de la población de un país, en el nuestro se lo ejerce en detrimento de la mayoría que, en su caso, está primordialmente compuesta por indígenas. Aunque éstos dieron sustantivo aporte a la lucha por conquistar la Independencia de España, los caudillos independentistas militares y civiles—mestizos ambos— que tras la victoria forjaron la república, perpetuaron con avidez y rudeza la dominación discriminatoria y expoliatoria de los bolivianos autóctonos arrebatándoles sus tierras y otros bienes y manteniéndolos de grado y por fuerza en injusta situación de ignorancia, miseria y servil inferioridad. Sucre y Bolívar emitieron disposiciones para redimir a la población indígena de tal situación, pero sus sucesores no les prestaron oídos. Y así fue surgiendo una pseudo aristocracia blanca de mucho más adicta al disfrute de los privilegios del poder autoritario que comprometida con la construcción de una nación pluricultural, pero integrada e igualitaria que favoreciera el advenimiento de la democracia.

Esa oligarquía de vocación colonialista impuso su imperio recurriendo sin vacilar a la fuerza armada para reprimir sangrientamente la resistencia aborigen. Sentía aquella que al hacerlo así protegía a la "civilización" contra la "barbarie" y a la "modernidad" contra el "primitivismo". En la mentalidad de no pocos de sus miembros cabía inclusive la noción de que el país no progresaba porque cargaba con la rémora de los indios y de que, para hacerlo, tenía que acabar con ellos si era necesario. Y no era únicamente la gente de armas la que pensaba así, sino también la gente de letras, como lo muestran criterios enunciados en 1901 por dos eminencias de la Intelectualidad boliviana. El "camba" Gabriel René Moreno dijo, sin que le temblara la pluma, esto: "Si por alguna manera han de intervenir la india y la cholada en la evolución progresiva de la sociabilidad boliviana, ha de ser necesariamente por vía pasiva de una desintegración más o menos rápida, como productos secretorios vertidos en las cavidades orgánicas del cuerpo social, como residuos arrojados en lo profundo de la economía, a fin de que franqueen el depuramiento completo y la unificación caucásica de la raza nacional." Y, con igual desparpajo, el "colla" Alcides Arguedas hizo esta afirmación coincidente: "En la región llamada Intermarina, vegeta desde tiempo inmemorial, el indio aymara, salvaje y hurano como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza." ¿Cómo podría dudarse de ello entonces si el Censo Nacional de 1900 había ya hecho, diríase que con descarada complacencia, la siguiente predicción: "En breve tiempo, ateniéndonos a las leyes progresivas de la estadística, tendremos a la raza indígena, si no borrada por completo del escenario de la vida, al menos reducida a la mínima expresión".

Ni las leyes estadísticas ni las balas homicidas lograron confirmar esos vaticinios. Y el elitismo racista continuó presidiendo a Bolivia prácticamente sin ser cuestionado hasta la trágica Guerra del Chaco, en la que los bolivianos—indios y no indios— se encontraron al fin de cerca unificados de pronto por la fuerza para enfrentar al enemigo. También marcadamente mayoritarios en la contabilidad de lucha y muerte, los indios fueron "la carne de cañón" en la defensa de un país que les negaba la condición de ciudadanos suyos, pese a que ellos sustentaban la existencia del mismo laborando en siniestros socavones mineros o produciendo alimentos por miserables remuneraciones bajo la infamia feudalista del "pongueaje". La conciencia de ello, nacida en esa trágica contienda del Chaco de 1932 al 35, llevaría al gobierno nacionalista surgido por revolución en 1952 a reconocer la condición ciudadana del indio instaurando el voto universal sin exigencia de alfabetismo y al disponer la desconcentración de la propiedad de la tierra estableciendo legislación de reforma agraria. Lamentablemente, sin embargo, muy poco iría a aliviarse con ello su situación de pobreza, subalternidad y discriminación.

¿Es racista nuestro país hoy? Solapada o notoriamente lo es, aunque muchos no se den cuenta de ello y algunos, que lo profesan, no quieren admitirlo. Hay racismo interétnico e intraétnico conjugado, en muchos casos, con clasismo inequitativo y, en pocos casos, con regionalismo autonomista si es que no pro separatista. Las élites dominantes, tanto orientales como occidentales, discriminan en varios sentidos a los indios—cuando menos dos tercios de la población del país— sean ellos aluplánicos o amazónicos y así mismo a los mestizos de los estratos socioeconómicos medio y bajo. Pero también hay algunos mestizos que discriminan a los demás mestizos. Y hasta se

da algún caso de intolerancia racista entre los propios indígenas, como lo demostró el "Mallku" llamando en público "indio de mierda" a unos de sus compañeros en el Parlamento. Bolivia ha tenido ya un indígena electo Vicepresidente de la República. Su naturaleza multiétnica y pluricultural fue consagrada por la constitución en 1995. Ha surgido en ella un partido de campesinos. Y hay ahora cerca de 23 indígenas en función legislativa. Pese a todo ello, sin embargo, las diferencias entre etnias y culturas se han venido acentuando peligrosamente hace poco. Un factor explicativo de ello, producto de la exacerbación de la pobreza, es el crecimiento desbordado de la inmigración del altiplano hacia los llanos. Otro fue lo ocurrido en el "octubre negro". Y un tercero es la discordia de agrupaciones sociales y empresariales por la cuestión del gas. Se ha producido una radical insurgencia de movimientos racistas y autoritarios que conspiran contra la unidad en la diversidad que Bolivia requiere indispensablemente para consolidar su precaria condición de nación aun en ciernes y así continuar la construcción democrática y vencer al subdesarrollo. Uno de esos intentos disociadores es el cruceño de "la Nación Camba" y el otro es el paceño de "la Nación Aymara" o "República del Kollasuyo" que encabeza Felipe Quispe, el exguerrillero "Mallku" que accedió al Parlamento, fundó un partido indigenista y encabezó la federación campesina de la Bolivia andina. No es, pues, por nada que en su reciente Informe sobre Desarrollo Humano en Bolivia el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas mostró con preocupación evidencias de muy bajos niveles de tolerancia entre distintas agrupaciones étnico-culturales del país.

¿Qué papeles juega en esta deplorable situación el periodismo? ¿Favorecen los medios de comunicación masiva en Bolivia al racismo o lo desfavorecen? Procuraré ofrecer algunas respuestas preliminares a estas interrogantes en mi próxima columna.

